

CELCIT. Dramática Latinoamericana 458

GUAYAQUIL, UNA HISTORIA DE AMOR

Mario Diament (Argentina)

PERSONAJES: M (5) / F (2):

Rufino Guido, edecán de San Martín

Gustavo Lafond

Manuela Sáenz

Simón Bolívar

José de San Martín

Tomás de Mosquera, edecán de Bolívar

Rosita Campusano

Primer Acto

Guayaquil, 1843

La habitación de una antigua casa colonial. Una mesa cubierta por un mantel de pana roja sobre la cual reposan una pluma en un tintero de plata. Una par de sillas, una biblioteca al fondo, un retrato de Bolívar, un gran mapa de la América del Sur y un sillón sobre el cual reposa un chal de seda.

Entra RUFINO, un hombre cincuentón, acompañado de LAFOND, un francés de unos 30 años, que habla con un ligero acento y carga una mochila. En la mano trae una libreta en la que hace anotaciones. RUFINO abre las ventanas y descubre las cortinas.

RUFINO

Esta es la habitación.

LAFOND avanza tímidamente, con gran reverencia. Inspecciona la habitación, conmovido. Pasa la mano por los muebles. RUFINO se queda de pie, cerca de la puerta.

LAFOND

¿Aquí se reunieron?

RUFINO

Sí. Aquí terminó todo.

Pausa. LAFOND recorre la habitación. Se detiene ante la biblioteca, tratando de descifrar los títulos.

LAFOND
¿Usted estuvo presente?

RUFINO
No. Claro que no. Ellos hablaron a solas.

LAFOND
(Se vuelve hacia RUFINO) Pero al salir, el general debe haberle dicho algo, ¿no?

RUFINO
Bueno, sí, como decir, me dijo.

LAFOND
(Ilusionado.) ¿Qué le dijo?

RUFINO
Nos marchamos, Rufino.

LAFOND
(Decepcionado.) ¿Eso fue todo? ¿No le hizo ningún comentario?

RUFINO
No.

LAFOND, desilusionado, toma nota en su cuaderno. Ahora se fija en el mobiliario.

LAFOND
La disposición de los muebles, ¿es la misma de entonces?

RUFINO
(Observa todo.) Sí, todo está igual.

LAFOND señala la pluma sobre la mesa.

LAFOND
¿Esa era la pluma de Bolívar?

RUFINO
Sí, señor. Con esa pluma firmó la anexión de Guayaquil a Colombia.

LAFOND la toma en sus manos. La estudia, la deposita cuidadosamente. Va hacia el sillón. Repara en el chal. Lo levanta cuidadosamente.

LAFOND

¿Y esto?

RUFINO

Ese chal perteneció a Manuela.

LAFOND

(Sorprendido.) ¿Manuela Sáenz? ¿La amante de Bolívar?

RUFINO

La misma.

LAFOND

(Revisa sus notas.) Pero ella no estaba en Guayaquil durante la entrevista.

RUFINO

El chal vino después.

LAFOND

Ya veo. (Pausa.) ¿Usted la conoció?

RUFINO

Sí.

LAFOND

¿Era tan bella como dicen?

RUFINO

Mucho más.

LAFOND

deja el chal donde estaba. Hace unas anotaciones.

RUFINO

¿Por qué un francés se interesa tanto en todo esto?

LAFOND

¿Por qué? ¡Bueno, pues porque es un misterio fascinante!, ¿no le parece? ¿Por qué un hombre del temple de San Martín renuncia a dar la última batalla?

RUFINO

(Evasivo.) No sé. Seguramente era necesario.

LAFOND

¿Usted nunca se lo preguntó?

RUFINO

No.

LAFOND

¿Por qué?

RUFINO

Cuando un hombre como el general toma una decisión de esa gravedad, hay que saber respetar su silencio.

Pausa.

LAFOND

Usted no tiene idea de lo frustrante que resulta todo esto. Nadie abre la boca. ¡Nadie parece saber nada! Llevo hechas más de cuarenta entrevistas. En Buenos Aires, en Caracas, en Lima, en Quito y ahora aquí y no logro que nadie me cuente nada relevante. (Vuelve a sus notas.) Bolívar está muerto, ¿por qué cree que el general se niega a hablar de lo que pasó?

RUFINO

Seguramente piensa que nadie va a creerle.

LAFOND

Usted era el hombre más cercano a San Martín. ¿Qué puede decirme de él?

RUFINO

(Piensa.) ¿Sabe?, el general se presentaba siempre como un hombre muy seco, muy duro.

LAFOND

¿Y no lo era?

RUFINO

Pues yo estoy convencido que en el fondo era un gran romántico.

LAFOND

(Sorprendido.) ¿Un romántico? ¿San Martín?

RUFINO

Eso es lo que pienso, sí. ¡Un gran romántico!

LAFOND

¿Y usted cree que fue ese sentido romántico lo que lo llevó al renunciamento?

RUFINO

Bueno, es posible, ya que usted lo menciona.

LAFOND

No parece muy convencido.

RUFINO

Lo que yo piense, creamé, tiene poca importancia.

LAFOND

¿Qué debo hacer, entonces?

RUFINO
Averigüe.

LAFOND
¡Es lo que estoy tratando de hacer! Pero todas las puertas se me cierran.

RUFINO
A lo mejor está golpeando a la puerta equivocada.

LAFOND
(Interesado.) ¿Qué le hace decir eso?

RUFINO
Pues uno a veces enfila muy convencido en una dirección y resulta que lo que busca está en la dirección contraria.

LAFOND
¿Usted cree que ése es mi caso?

RUFINO
No, no, yo no he dicho eso.

LAFOND
¿Y entonces?

RUFINO
Digo que las cosas no siempre son lo que parecen. (Evasivo) Y ahora debe disculparme, pero tenemos que irnos. Se me ha hecho tarde y mi mujer se pone terrible cuando no llego a tiempo para la cena.

RUFINO se dispone a salir. LAFOND lo detiene, tomándolo por el brazo.

LAFOND
¡Espere! ¿Cuál es esa puerta?

RUFINO
¿Cuál puerta?

LAFOND
Usted dice que, a lo mejor, he estado golpeando a la puerta equivocada.

RUFINO se sonríe. Ignora la pregunta. Llega a la puerta, se vuelve.

RUFINO
Le diré algo ya que usted viene de tan lejos. (Pausa.) ¿Decía usted, hace un momento, que Manuela no estuvo en Guayaquil cuando la entrevista?

LAFOND
Es lo que tengo entendido, es lo que todos me aseguran.

RUFINO
Pues no es así.

LAFOND
¿Estuvo?

RUFINO
Sí, señor.

LAFOND
(Sorprendido.) ¿Aquí? ¿En Guayaquil?

RUFINO
El general estuvo con ella.

LAFOND
¿Bolívar?

RUFINO
No. El general San Martín.

La luz se apaga sobre la escena y se enciende sobre el sector derecho.

QUITO, 1822

La residencia del Libertador. BOLIVAR está vistiéndose frente a un espejo. MANUELA, sentada en un sillón, lo observa.

MANUELA
(Con sorna.) Te engalanás como un torero. ¿Quién es el toro?

Va hacia ella.

BOLIVAR
Los toreros no se visten para el toro, se visten para el público. (La mira.) Me gustan tus labios.

MANUELA
¿Qué tienen mis labios?

BOLIVAR
Son carnosos como un durazno y siempre parecen estar reclamando un beso.

Trata de besarla. Ella se aparta, juguetona.

MANUELA
Llévame a Guayaquil.

BOLIVAR
Estás loca.

MANUELA
Si no estuviese loca no estaría con vos.

BOLIVAR
Lo único que me falta es llegar a Guayaquil en medio de un escándalo amoroso.

MANUELA
(*Se ríe.*) ¿Qué le hace una mancha más al tigre?

BOLIVAR
Esta vez es diferente.

MANUELA
¿Ah, sí? ¿Y por qué?

BOLIVAR
Porque esta vez no son los españoles los que me están dando guerra.

MANUELA
¿Quién, entonces?

BOLIVAR
San Martín.

MANUELA
(Sorpresa) ¿San Martín? ¿Qué hizo?

BOLIVAR
Se ha andado mezclando sin que se lo pidan en los negocios de Colombia. Me escribió una carta cuestionando mi decisión de anexar Guayaquil y amenaza con venir a discutirlo.

MANUELA
Guayaquil es un lugar miserable, ¿no lo sabías?

BOLIVAR
No.

MANUELA
El calor es insoportable y se mezcla con el olor a podrido que viene del río. No sé por qué te importa tanto. Harías mucho mejor quedándote en Quito, conmigo.

BOLIVAR
No entendés nada de esto. No sé por que pierdo el tiempo hablándote de estas cosas. (La toma por los hombros.) Vení, besame.

MANUELA

(Lo separa.) ¡Esperá! Explicame y lo entenderé. Soy buena alumna.

BOLIVAR

(Insiste.) Prefiero enseñarte sobre el amor.

MANUELA

(Le escapa.) De eso sé suficiente. ¡Explicame!

BOLIVAR

Lo que suceda en Guayaquil va a determinar el destino de la guerra y mi lugar en la historia.

MANUELA

¿Y cuál de los dos te importa más?

BOLIVAR

Son inseparables. ¡Ahora dame un beso!

MANUELA

vuelve a esquivarlo.

MANUELA

¿Eso es lo que San Martín quiere tratar con vos?

BOLIVAR

Seguramente.

MANUELA

¿Y qué hay de *su* lugar en la historia?

BOLIVAR

¿Eso qué significa?

MANUELA

El también debe querer un lugar.

BOLIVAR

Es obvio.

MANUELA

Pero vos no vas a dárselo.

BOLIVAR

(Intrigado.) ¿Por qué decís eso?

MANUELA

Porque estás convencido de que no hay suficiente lugar para los dos.

BOLIVAR
no puede evitar reírse.

BOLIVAR
¿Eso pensás de mí?

MANUELA
Sí.

BOLIVAR
No hace ni tres días que me conocés.

MANUELA
Una aprende mucho de un hombre haciéndole el amor.

BOLIVAR
¿Te parezco tan soberbio?

MANUELA
Sí.

BOLIVAR
Ambicioso...

MANUELA
Muy.

BOLIVAR
¿Embustero?

MANUELA
¡Total!

BOLIVAR
¿Y por qué estás conmigo?

MANUELA
Por curiosidad.

BOLIVAR
(Se ríe.) Por lo menos, no soy pomposo.

MANUELA
¿Por quién lo decís?

BOLIVAR
Por San Martín.

MANUELA
(Sorprendida) ¿Es pomposo?

BOLIVAR
Es lo que me cuentan.

MANUELA
(Misteriosa.) No deberías creer todo lo que te dicen.

BOLIVAR
Tengo buenos informantes.

MANUELA
Tus lacayos solo te cuentan lo que querés escuchar. Si querés saber algo de un hombre, preguntale a una mujer.

BOLIVAR
¿A quién? ¿A tu amiga Campusano?

MANUELA
No. No a ella.

BOLIVAR
Es su amante.

MANUELA
Rosa no va a decirte nada.

BOLIVAR
¿A quién, entonces?

Silencio de MANUELA.

¿A vos?

Silencio de MANUELA.

¿Lo conociste?

Silencio de MANUELA.

¿Lo conociste?

MANUELA
(Coqueta.) Podés preguntárselo cuando lo veas.

BOLIVAR
Te lo pregunto a vos.

Silencio de MANUELA.

(Súbitamente irritado.) ¡Contestame, carajo!

MANUELA

(Con burla) ¡Mirate un poco! ¡Te pusiste todo rojo!

BOLIVAR

¿Lo conociste?

MANUELA

¡Claro!

BOLIVAR

¿Qué significa “claro”?

MANUELA

Que me condecoró en Lima con la Orden del Sol.

BOLIVAR

(Con intención) ¿Te puso una medalla en el pecho?

MANUELA

(Desafiante.) ¿Dónde, si no?

BOLIVAR

¿Por dentro o por fuera del vestido?

MANUELA

(Lo empuja) ¡Por debajo!

BOLIVAR

(Con sospecha) ¿Te lo cogiste?

MANUELA se echa a reír.

¿Te lo cogiste?

MANUELA

Esa no es una pregunta que un caballero deba hacerle a una dama.

BOLIVAR

Pedile a tu marido que te trate como una dama. ¡A mí contestame lo que te pregunto!

MANUELA

Estás celoso.

BOLIVAR

¿Celoso? ¿De quién? ¿De los cien que vinieron antes o de los cien que vendrán después?

MANUELA trata de darle una bofetada. BOLIVAR la detiene.

¿Por quién me tomás? ¿Por uno de esos idiotas perfumados que te galantean en los bailes de sociedad? ¡Soy el general Bolívar, carajo, y estoy en medio de una guerra! Cada vez que me equivoco se me mueren mil hombres. ¿O no lo entendés?

MANUELA

¿Eso qué tiene que ver conmigo?

BOLIVAR

(Furioso.) ¡Tiene que ver con vos mientras estés conmigo! ¡Vamos! ¡Decime la verdad!

MANUELA

(Empecinada.) No.

BOLIVAR

¡Manuela, no estoy jugando! ¡Contestame!

MANUELA

(Desafiante.) Mi cuerpo es mío, ¿entendés? Quien entra o sale es cosa mía.

BOLIVAR

¡Qué bruta sos! No te das cuenta...

MANUELA

Me doy cuenta de muchas cosas. Ya sé suficiente.

Recoge sus cosas. Va hacia la puerta.

BOLIVAR

¡Volvé! ¿Dónde vas?

MANUELA

Me voy. ¿O vas a arrestarme?

BOLIVAR

¿No comprendés que voy a encontrarme con él?

MANUELA

Sí. ¿Y, qué?

BOLIVAR

Que necesito saberlo.

MANUELA

¿Necesitas saber si me fui a la cama con él? ¡Qué ridículo!

BOLIVAR

¡No puedo darle ventajas!, ¿no entendés? ¡No puedo permitir que él sepa algo que yo no sé!

MANUELA va hacia la puerta ofuscada. Se detiene. Se vuelve.

MANUELA

(Desde la puerta, misteriosa.) No es pomposo.

Sale.

LA QUINTA DE LA MAGDALENA, EN LAS AFUERAS DE LIMA, 1822

ROSITA está echada desnuda en la cama, apenas cubierta por una sábana.

SAN MARTÍN, sentado ante un pequeño escritorio, revisa unos documentos.

ROSITA ¿No venís?

SAN MARTIN

(Sin levantar la vista.) En un rato. Tengo que terminar de preparar los documentos que necesito para el viaje.

ROSITA

Si no venís pronto voy a quedarme dormida. (Seductora.) Sería una lástima.

Silencio de SAN MARTIN. ROSITA se revuelve en la cama.

Este asunto Guayaquil te tiene más preocupado que de costumbre. Hace dos semanas que ni me tocás.

SAN MARTIN

Tengo muchas cosas en la cabeza.

ROSITA

Al principio, bastaba con que me acercara para que no pudieras tener las manos quietas. Ahora podría pasearme desnuda y no notarías mi presencia.

SAN MARTIN

Desnuda o vestida, tu presencia es imposible de ignorar, querida Rosa.

ROSITA

¿Ah, sí? Pues no lo parece.

Pausa.

SAN MARTIN

Tengo muchas presiones. Lima se ha vuelto un nido de conspiraciones. Ya no tengo amigos aquí. Es difícil saber en quién confiar.

ROSITA

Irte a Guayaquil no va a arreglar nada. Por lo contrario. Tus enemigos van a aprovechar tu ausencia para hacerse del poder.

SAN MARTIN

¿De dónde te viene ese repentino olfato político?

ROSITA

De la cama, querido. Es mucho mejor que la escuela militar.

SAN MARTIN

Tengo que hacer un pacto con Bolívar que me permita terminar la guerra en el Perú. Si no lo logro, todo se habrá perdido.

ROSITA

¿Y Bolívar necesita hacer un pacto con vos?

SAN MARTIN

Es lo que voy a averiguar.

ROSITA

¿Podés permitirte volver con las manos vacías?

SAN MARTIN

Podría permitírmelo si estoy dispuesto a pagar las consecuencias.

ROSITA

¿Y cuáles son las consecuencias?

SAN MARTIN

Renunciar.

ROSITA

(Indignada.) ¿Renunciar? ¿Estás loco? ¿Cómo se te ocurre? Mejor que te quites esa idea de la cabeza.

SAN MARTIN

Estoy cansado, Rosa. Llevo nueve años batallando por la libertad de la América del Sur y no encuentro más que ingratitud en el camino. Los políticos peruanos se pelean como perros por un trozo de carne magra, mis comandantes conspiran por un botín de monedas falsas, el gobierno de Buenos Aires me detesta y no pasa un día sin que circule algún libelo en contra mía. Mi resistencia está llegando a su fin y también mi voluntad. Pensé que en Bolívar podía encontrar un espíritu superior, pero él está tan ocupado en levantar su propio monumento que dudo que quiera echarme una mano.

Pausa. ROSITA baja de la cama envuelta en la sábana. Lo rodea con los brazos.

ROSITA

Mi amiga Manuela podría ayudar.

SAN MARTIN

(Alerta.) ¿Manuela? ¿Cómo podría ayudar Manuela?

ROSITA

Es la amante de Bolívar.

SAN MARTIN

(Sorprendido.) ¿Quién te lo dijo?

ROSITA

¿Quién me lo dijo? Es de lo único que habla la gente. ¿En qué mundo vivís, amor mío?

SAN MARTIN

(Con fastidio.) Tengo cosas más importantes de las que ocuparme que de los chismes que circulan por los salones de Lima.

ROSITA

Pues harías bien en prestarles atención, ya que muchos se refieren a vos.

SAN MARTIN

¿Ah, sí? ¿Y qué dicen?

ROSITA

¿De verdad querés saberlo?

SAN MARTIN

¡Por supuesto!

ROSITA

¿Qué me vas a dar a cambio?

SAN MARTIN

¡Rosa! No tengo tiempo para juegos.

ROSITA

Creí que no te interesaban los chismes.

SAN MARTIN

¡Estos sí me interesan!

ROSITA

Bueno, a ver.... Pues dicen que ya no gobernás, que el poder se te subió a la cabeza, que muchos de los dineros del Perú terminan en tus bolsillos...

SAN MARTIN

¡Eso es una infamia!

ROSITA

Dicen que una guayaquileña te tiene embrujado, que te abandonaste al placer y te olvidaste a qué has venido. ¡Si supieran!

SAN MARTIN

¡Basta, basta! No quiero escuchar más. ¡Tanta bajeza! Si uno hace caso de los rumores termina loco.

ROSITA

Y si uno los ignora, termina ciego. ¡Y eso es lo que te está pasando! Estás ciego porque no me ves y ciego porque no te das cuenta de lo que pasa a tu alrededor. ¿Decís que no tenés a nadie aquí? ¡Te equivocás! Me tenés a mí. Yo puedo ser tus ojos y tus oídos en Lima. ¿Decís que no tenés amigos? ¡Te equivocás! ¡Los tenés! Pero no sabés reconocerlos. Y ahora vas a correr detrás de Bolívar pensando que va a echarte una mano.

SAN MARTIN

Te lo dije. No tengo otra salida.

ROSITA

¡Si la tenés! Pero no está en Guayaquil. Guayaquil es una trampa. Yo soy de ahí. Conozco muy bien a mis compatriotas. Son gente del puerto, comerciantes venales. Tanto les da venderle a uno que a otro. Van a pactar con el que llegue primero. Tenés que hacerte fuerte en Lima, usar mano dura con los conspiradores y los rebeldes, mostrarles quien manda.

SAN MARTIN

No llegué hasta aquí para convertirme en un déspota igual que los españoles a los que vine a combatir. Cargo demasiada muerte en mi conciencia.

ROSITA

Estos pueblos detestan a los blandos, ¿no te das cuenta? Quieren saber que quien da las órdenes tiene los huevos bien puestos. Quieren ser mandados, no persuadidos. A Bolívar lo respetan porque no le tiembla la mano.

SAN MARTIN

Se necesita mucha ambición para matar sin remordimiento. No tengo tanta.

ROSITA

Pues inventátela antes de que tus enemigos te destruyan.

SAN MARTIN

(Con intención) Y, de paso, te destruyan a vos.

ROSITA

No te preocupes por mí. Yo siempre voy a saber arreglármelas.

SAN MARTIN

se queda pensativo.

SAN MARTIN

Contame de tu amiga Manuela.

ROSITA

¿Por qué te interesa Manuela?

SAN MARTIN

Todo lo que tenga que ver con Bolívar me interesa. ¿Desde cuándo están juntos?

ROSITA

Desde que Bolívar llegó a Quito. Manuela es rápida. No se han separado desde entonces. Dicen que se dedica a recorrer las calles de Quito montada en un caballo blanco, vestida de generala.

SAN MARTIN

¡Qué ridículez! (Pausa.) ¿Y cuándo se fue Manuela a Quito?

ROSITA

Hace dos meses.

SAN MARTIN

¿Se fue con su marido?

ROSITA

No. El doctor Thorne se quedó en Lima. Ella partió con su padre unos días después de la fiesta que dieron en tu honor. Esa de la que desapareciste misteriosamente. (Una pausa.) Ahora que lo pienso, fue después de esa fiesta que tu ardor empezó a enfriarse. Si fuera celosa, pensaría que alguien se te cruzó delante esa noche.

SAN MARTIN

¿Y no sos celosa?

ROSITA

No, amor mío, no lo soy. Conozco a los hombres lo suficiente como para saber qué puede esperarse de ellos. Pero no me gusta ser la última en enterarme. Me pongo muy brava cuando me engañan.

SAN MARTIN

No hay nada de qué enterarse. Cada minuto libre que tengo lo paso con vos.

ROSITA

Puede que sí, pero ¿no andará alguna rondándote la cabeza?

SAN MARTIN

La cabeza es inofensiva.

ROSITA

¿Te parece? Pues a las mujeres nos preocupan más las que se meten en la cabeza, que las que se meten en la cama.

SAN MARTIN
¿Ah, sí?

MANUEL
¿No lo sabías?

SAN MARTIN
No, pero aprendo mucho a tu lado. ¿Qué te hace pensar que Manuela puede ayudar?

ROSITA
Porque es amiga mía. Hará lo que le pido.

SAN MARTIN
Pero tendrá lealtades con Bolívar.

ROSITA
Seguramente. Pero no le estamos pidiendo que lo traicione.

SAN MARTIN
¿Qué más sabes de ella?

ROSITA
Lo sé todo.

SAN MARTIN
¿Qué es todo?

ROSITA
Todo es todo. Pero no me pidas infidencias. Las mujeres tenemos nuestro código ético.

SAN MARTIN
¿Podría averiguar las intenciones de Bolívar?

ROSITA
Estoy segura que sí.

SAN MARTIN
Pues no estaría mal que te fueras a Quito a hablar con ella. Si puedo estar seguro de lo que se propone Bolívar puedo encontrar la manera de sorprenderlo.

Se escuchan unos golpes en la puerta.

SAN MARTIN
¿Quién es?

RUFINO

(Desde afuera) Soy yo, general. Rufino.

SAN MARTIN

¿Qué hay, Rufino? (A ROSITA.) Ponete algo encima.

RUFINO

Tengo algo importante que comunicarle.

ROSITA

(Con ironía.) ¡No vaya a pensar Rufino que estuvimos haciendo alguna indecencia!

ROSITA

se pone una bata.

SAN MARTIN

(Abre la puerta.) Pase, Rufino.

Entra RUFINO, veinte años más joven que en la primera escena. Ignora a

ROSITA

¿Qué sucede?

RUFINO

Disculpe que lo moleste, general. Pero me informan que el general Bolívar acaba de entrar en Guayaquil.

SAN MARTIN

(Incrédulo.) ¿Lo hizo?

RUFINO

Su primer acto fue izar la bandera de Colombia. Ha disuelto la Junta de Gobierno y los ha mandado al exilio. La anexión es inminente.

ROSITA

¿Querías saber qué se propone Bolívar? Pues ya lo sabés.

SAN MARTIN

¡El cretino! Me ha clavado un puñal por la espalda.

ROSITA

¿Qué esperabas de él? ¿Una galantería?

SAN MARTIN

¡Un poco de nobleza, carajo! Pero es obvio que su ambición es tan descomunal como su soberbia. Si se lo deja, va a terminar con más territorio de Napoleón. Eso es lo que quiere. Oiga, Rufino: que apresten la goleta "Macedonia. Nos vamos a Guayaquil.

RUFINO (

Se cuadra.) Como usted ordene, general.

RUFINO sale.

ROSITA
¿Vas a enfrentarlo?

SAN MARTIN
Si es necesario.

ROSITA
¿Con qué?

SAN MARTIN
Ya pensaré en algo.

ROSITA
Vas a meterte en la boca del lobo.

SAN MARTIN
A veces los lobos son menos feroces de lo que parecen.

ROSITA
No éste.

SAN MARTIN
Ya veremos.

ROSITA
¿Todavía querés que vaya a Quito?

SAN MARTIN
Con más razón que nunca.

SAN MARTIN sale. Se apagan las luces.

GUAYAQUIL, 1822

Noche. BOLIVAR y TOMAS en el despacho del primero. Hay un gran mapa sobre la pared. BOLIVAR está en mangas de camisa, con los tiradores sueltos. Se asoma a la ventana. TOMAS, su edecán, es un hombre bajo, panzón, con una barba crecida que termina en su media calva.

BOLIVAR
(Escudriña la noche.) No me gusta la noche, Tomás. Le desconfío. Nunca me he movido bien en las sombras. (Sobre el fondo resplandecen algunos relámpagos.)

TOMAS

(Ausculta el cielo.) Tendremos tormenta.

BOLIVAR

Mi pobre María Teresa murió en una noche como ésta, ¿lo sabía? Noche de mal agüero. ¡Mi pobre esposa! ¿Qué Dios más cruel puede regalarte el paraíso y robártelo después sin miramientos?

TOMAS

Esas heridas nunca cierran, general.

BOLIVAR

(Se vuelve a la pared del mapa.) ¿Dónde está ese cabrón de San Martín? ¿Por dónde anda?

TOMAS

Mis informantes me dicen que ha zarpado del Callao a bordo de la goleta “Macedonia” con dirección desconocida, pero sospechan que el destino final es Guayaquil.

BOLIVAR

¿Sospechan? ¿Qué hay para sospechar? ¿A qué otro lugar podría ir? Ya no le quedan puertos amigos. (Se pasea.) ¿A qué viene, Tomás? ¿Qué quiere?

TOMAS

Obviamente, viene a discutir Guayaquil general. Esa fue siempre la intención.

BOLIVAR

Guayaquil ya es colombiana. El no puede ignorarlo. Sus espías son tan buenos como los míos.

TOMAS

Vendrá a disputar la decisión.

BOLIVAR

No. El hombre no es tonto. Sabe que no puede deshacer lo hecho. Si viene a eso, se va con las manos vacías. Y no puede permitírselo. No, no viene a eso. (Se pasea.) ¿A qué viene?

TOMAS

Tal vez a buscar refuerzos para terminar la guerra en el Perú.

BOLIVAR

El quiere eso, sí, pero sabe que no voy a dárselos.

TOMAS

¿Lo sabe?

BOLIVAR

Lo imagina. Si le doy esas tropas y él termina la guerra victorioso, se queda con toda la gloria. Y yo me vuelvo un pie de página en la historia.

TOMAS

El no puede expulsar a los españoles del Perú con las fuerzas con las que cuenta.

BOLIVAR

Precisamente. Por eso lo haremos nosotros. No me he comido la mierda de todas estas campañas para cederle a San Martín la última batalla en bandeja de plata. (Pasea.) ¿A qué viene, entonces?

TOMAS

¡Viene a negociar, general!

BOLIVAR

¿A negociar qué, Tomás? No hay nada que negociar. ¿Qué puede ofrecerme? Ni siquiera controla el Perú. La situación en Lima es una bomba de tiempo. San Martín no tiene futuro ahí. Los políticos lo detestan y su propia tropa lo menosprecia. ¿Sabe cómo lo apodan? El rey José. (Se ríe.) ¡El rey José! ¡Qué grotesco! Últimamente le ha dado por pasearse por Lima en la carroza del virrey y me dicen que no pocos dineros públicos se le quedan pegados en el bolsillo. El hombre está terminado.

TOMAS

(Desconcertado.) ¿A qué viene entonces?

BOLIVAR

¡Es lo que estoy preguntándole, Tomás!

TOMAS

¡No sé, general! Me hace preguntas que usted mismo no puede responder.

BOLIVAR

¡Por eso lo tengo de asesor, carajo!

TOMAS

(Protesta.) ¡Usted no quiere un asesor, quiere un adivino!

BOLIVAR

Bueno, no tanto como un adivino, pero tampoco un cabrón que me contesta una pregunta con otra. (Pausa. Bolívar se pasea.) Este viaje es inútil, no tiene lógica.

TOMAS

En eso estamos de acuerdo.

BOLIVAR

Pero igual viene. ¿Por qué?

TOMAS

Se lo he dicho, estoy tan en ascuas como usted.

BOLIVAR

¿Qué podría traerlo? ¿Qué podría impulsar a un militar experimentado como él a hacer toda esta travesía inútilmente?

TOMAS

¿La desesperación?

BOLIVAR

No, no está desesperado. No se engañe. (Camina, piensa. De pronto, convencido.) Tiene una carta guardada.

TOMAS

¿Una carta?

BOLIVAR

Sí, una carta.

TOMAS

¿Qué carta?

BOLIVAR

No lo sé. Si lo supiera, dormiría mejor. ¡Pero la tiene! Si no, créame, no estaría navegando hacia aquí.

TOMAS

¿Qué puede tener?

BOLIVAR

¡Ese es el asunto, Tomás! ¿Qué puede tener? Usted me lo dirá.

TOMAS

¿Yo? Yo no tengo idea, general.

BOLIVAR

(Camina.) Puede tener más fuerzas de las que pensamos.

TOMAS

No hay ninguna indicación de que las tenga.

BOLIVAR

Puede haber obtenido apoyos. Puede haberse arreglado con el escocés ése, el almirante Cochrane, o haber conseguido refuerzos de Buenos Aires y ahora viene a pactar con la oposición.

TOMAS

Mis informantes me dicen que Cochrane anda a las puteadas con San Martín porque le negó los fondos para pagarle a su tropa.

BOLIVAR

Eso ni significa nada. El escocés ese va y viene como la marea. Su lealtad se compra o se vende como el ganado. Y en cuanto al gobierno de Buenos Aires, aún con la poca simpatía que le tienen, puede haber concluido que sus intereses van mejor con el Perú que con Colombia.

TOMAS

Será eso, entonces.

BOLIVAR

¿Le parece?

TOMAS

¡Usted lo acaba de decir!

BOLIVAR

(Duda.) Quién sabe.

TOMAS

¿En qué quedamos?

BOLIVAR

Si ése fuera el caso, ya hubiéramos escuchado de él. Hubiera publicitado su visita a los cuatro vientos. Hubiera proclamado su amistad y deslizado, al mismo tiempo, una solapada amenaza. Pero viene callado. Eso no me gusta. ¿Por qué?

TOMAS

En una de esas, ni viene a Guayaquil.

BOLIVAR

Viene, Tomás. No se engañe. Pero quiere sorprendernos. Ese argentino tiene algo de indio, ¿lo sabía?

TOMAS

No lo sabía.

BOLIVAR

La madre, creo. Dicen que era india toba. Debe ser por eso que resultó tan taimado.

TOMAS

Bueno, general, también nosotros lo sorprendimos anexando Guayaquil.

BOLIVAR

¡No es lo mismo, carajo! ¡Y que me lo diga usted encima! Guayaquil es Colombia. Uno no puede andar tomando en cuenta los mezquinos intereses de una pequeña provincia cuando de lo que se trata es de la libertad de América. Mire ese mapa, Tomás. ¿Qué ve?

TOMAS

(Inseguro.) La América entera.

BOLIVAR

(Irónico) ¡Vaya observador agudo que resultó! Pues lo que yo veo es una gran cabeza al norte, un cuerpo endeble en el centro y unas patas deformes al sur, mordidas como una gangrena por la colonia portuguesa del Brasil, cuyos intereses nada tienen que ver con los nuestros. Eso es lo que es este continente. Mírelo bien, Tomás. (Señala el mapa.) Estamos rodeados por la fuerza marítima de Europa, dispuesta a deglutirnos en cuanto les demos la oportunidad. En el norte, los Estados Unidos son una potencia rica, codiciosa e insaciable, que acaba de incorporar a la Florida a su territorio y no parará hasta llegar al Río Grande. Para peor, están convencidos de que la Providencia los ha ungido en custodios de la libertad propia y de la esclavitud ajena. Son enemigos de Europa, sí, pero no se engañe: eso no los convierte en aliados nuestros. Frente a este cerco que amenaza nuestra existencia, ¿qué hacemos? En lugar de enfrentarlos unidos, peleamos entre nosotros, convencidos de que el enemigo está adentro y no afuera. ¿Sabe lo que quiere ese protectorcito del Perú? ¿No ha escuchado cuál es el pensamiento? ¡Quiere traer un monarca europeo a la América del Sur! Algún Borbón o algún Austria mofletudo que siente su enorme culo en el trono que nosotros le hemos pintado con nuestra sangre. Si le permitimos que se salga con la suya, cualquier día de estos nos despertaremos convertidos nuevamente en colonia. Pero eso no va a suceder mientras me quede un soplo de vida.

TOMAS

¿Qué propone, general?

BOLIVAR

Por lo pronto, vamos a reforzar discretamente el puerto. No vaya a ser que nos dé una sorpresa. Y le dice al vigía que avise apenas aviste la goleta. Quiero saber qué fuerzas trae. La fuerza que traiga nos va a revelar la intención.

Salen. La luz se apaga.

A BORDO DE LA GOLETA “MACEDONIA”, 1822

Noche. SAN MARTIN está en la cubierta, recostado sobre la borda, mirando el mar pensativo. RUFINO se le aproxima.

RUFINO

Si el viento sigue este curso, mañana de madrugada estaremos avistando Guayaquil, general.

SAN MARTIN asiente en silencio.

No está muy locuaz esta noche.

Pausa.

SAN MARTIN

Esta puede ser mi última batalla, Rufino. ¿Se da cuenta? Mis huesos están molidos, mis tripas están resacas, duermo mal, despierto peor y ni siquiera sé si todo esto valió la pena.

RUFINO

No diga eso. La América del Sur tiene mucho que agradecerle.

SAN MARTIN

Esta es tierra de hombres ingratos, Rufino. Te veneran de muerto, pero en vida te comen las entrañas. Mire usted el brete en el que me ha puesto Bolívar. Se ha apoderado alevosamente de Guayaquil y ahora espera a ver qué hago. Me ha mandado una carta desbordante de amistad, pero llama a Guayaquil “suelo de Colombia”. Definitivamente, el hombre es un bribón.

RUFINO

¿Qué va a hacer?

SAN MARTIN

Puedo hacer tres cosas. Puedo ordenarle al capitán que ponga proa de regreso a Lima y responderle a Bolívar con un desaire, lo cual terminaría apartándonos definitivamente; puedo plantarme y decirle que el Perú jamás aceptará la anexión de Guayaquil a Colombia, lo cual nos llevaría al enfrentamiento; o puedo olvidarme de Guayaquil y tratar obtener apoyo de Bolívar para terminar la guerra, a lo cual, seguramente, va a negarse. Ninguna me gusta.

RUFINO

Usted sabrá encontrar el justo medio, general.

SAN MARTIN

No se engañe, Rufino. Yo no sirvo para esto. Soy un soldado, no estoy hecho para la política.

RUFINO

No se culpe, general. Las últimas semanas en Lima habrían desanimado a cualquiera. Las intrigas y las traiciones están a la orden del día.

SAN MARTIN

El poder nunca es inconsecuente, Rufino. Es un animal hambriento al que alimentás o te devora.

Pausa.

Mire, ahí, detrás de la bruma, Bolívar debe estar dando vueltas en su lecho, tan insomne como yo esta noche. El mira sus barajas y yo las mías. Ha hecho su juego y ahora espera ver cuál es el mío. Se siente esperanzado porque le ha caído una mano favorable, pero hasta que yo no muestre mis cartas, no

puede estar seguro de haber ganado. Yo, en cambio, he visto las mías y sé que no puedo ganar. Pero él no lo sabe. Esa es mi ventaja.

RUFINO

No sería la primera vez que usted transforma una derrota cantada en una victoria, general.

SAN MARTIN

Si Bolívar nos diera ocho o diez mil hombres podríamos terminar la guerra antes de que acabe el año.

RUFINO

Usted le mandó una división para socorrerlo en Quito, general. El no puede negarse ahora.

SAN MARTIN

Como que puede, puede.

RUFINO

¡Pero no sería honorable!

SAN MARTIN

Bueno, el honor es una cuestión de perspectiva. ¿Cuánto sabe de Bolívar, Rufino?

RUFINO

Sé que viene de alcurnia y, según cuentan, tiene más agallas que pelos en la cabeza.

SAN MARTIN

El coraje te hace ganar batallas, pero la prudencia te salva la vida. Y este Bolívar no es prudente. Es astuto, pero no es prudente.

RUFINO Mis informantes me dicen que, además, es impetuoso, frívolo y rencoroso.

SAN MARTIN

Esta negociación no es acerca de cuán virtuoso es Bolívar. Si quiero salir bien parado necesito saber qué lo hace vulnerable.

RUFINO

Por lo que sé, general, el olor a hembra lo embriaga más que la ginebra.

Pausa. SAN MARTIN enciende su cachimba.

SAN MARTIN

¿Alguna vez se enamoró, Rufino?

RUFINO

(Sorprendido.) ¿Yo? ¡Caramba, con qué pregunta se viene, general!

SAN MARTIN
¡Respóndame!

RUFINO
Yo me enamoro todos los días, pero nunca de la misma.

SAN MARTIN
Pues fíjese que yo pensaba que el amor era un sentimiento que corría mansamente, como un arroyo. Pero resulta que, en realidad, tira como una correntada.

RUFINO
(Sonríe.) Me alegro que encuentre alguna distracción en medio de tantas preocupaciones.

SAN MARTIN
Pero este asunto no me distrae, Rufino. Más bien lo contrario. Me agobia, me consume.

RUFINO
No se preocupe, general. El mal de amores se cura con la melaza de otra mujer.

SAN MARTIN
Yo no quiero curarme. ¡Esa es la enfermedad! Y sé muy bien que este asunto no tiene remedio. Lo más probable es que jamás vuelva a verla. Pero ese mismo pensamiento me resulta insoportable. Es curioso: uno puede revertir una derrota militar, pero la derrota amorosa es terminal, porque ni la revancha consuela.

RUFINO
Nunca pensé que la señorita Campusano fuera capaz de despertar estas pasiones.

SAN MARTIN
No es la Campusano, Rufino.

RUFINO
¿No es ella?

SAN MARTIN
No.

RUFINO
(Asombrado.) ¿Cuándo se me escurrió usted sin que me diera cuenta?

SAN MARTIN
(Sonríe, a pesar de sí mismo.) Uno tiene sus recursos.

RUFINO

¿Y dónde está esa mujer? ¡Hay que conocerla!

SAN MARTIN

Está lejos, Rufino. Fuera de alcance. Fue un romance de una noche, pero se me ha adherido al pensamiento como una sanguijuela. No puedo quitármela de la cabeza. Sus ojos se me han clavado en el cerebro como dos estacas. La memoria de su piel me hace doler las manos. Uno puede batallar contra un ejército, pero no puede luchar contra el corazón. ¡Fíjese qué pendejada! Nunca me imaginé tan flojo. Pero es que nunca antes se había despertado en mí una pasión semejante. Me casé con una niña que todavía jugaba con muñecas y las otras mujeres que pasaron por mi cama se fueron sin dejar marca. ¡Pero ésta me ha mordido con saña!

RUFINO

Mejor que Bolívar no se entere de lo que lo hace vulnerable a usted.

SAN MARTIN

Ese es el tema, Rufino.

RUFINO

¿Cuál es el tema?

SAN MARTIN

Es probable que ya lo sepa.

RUFINO

¿Cómo?

SAN MARTIN

Esa mujer de la que le hablo, duerme ahora en su cama.

RUFINO

(Con asombro.) ¿La mujer de Thorne? ¿Manuela Sáenz?

SAN MARTIN

La misma.

RUFINO

Me deja usted mudo, general.

SAN MARTIN

A veces, es mejor así, Rufino. Los mudos no se van de lengua. (Va hacia la puerta.)

RUFINO

¡Espere! No me deje así, en ascuas.

SAN MARTIN

Me voy a dormir un poco. Mañana nos espera un día difícil.

Desaparece por la puerta de la cabina.

GUAYAQUIL, 1822

Madrugada. BOLIVAR está durmiendo en su despacho. Entra TOMÁS apresuradamente.

TOMAS

(Lo sacude) ¡Perdone que lo despierte, mi general!

BOLIVAR

(Despertando.) ¿Eh? ¿Qué pasa?

TOMAS

El vigía de Puná informa que la goleta “Macedonia” acaba de fondear en aguas de la isla. El general San Martín está frente a Guayaquil.

BOLIVAR se incorpora rápidamente.

BOLIVAR

¿Ya está aquí? ¡Carajo! ¿Qué hora es?

TOMAS

La cinco treinta de la madrugada.

BOLIVAR

comienza a vestirse.

BOLIVAR

¿Alguien recibió comunicación de su llegada?

TOMAS

Nadie, general.

BOLIVAR

¿No la habrá recibido algún centinela borracho que se quedó dormido?

TOMAS

No, general, se lo aseguro.

A medio vestir, BOLIVAR toma el catalejo. Mira a través de la ventana.

TOMAS

¿Puede verla?

BOLIVAR

(Ajusta el catalejo) La veo. (Pausa) ¿Han detectado algún movimiento a bordo?

TOMAS

Nada, por el momento. La goleta ha echado anclas y ahí espera.

BOLIVAR

¿Qué personal lleva?

TOMAS

Quince tripulantes y una escolta de veinticinco húsares.

BOLIVAR

¿Eso es todo?

TOMAS

Por lo visto, general.

BOLIVAR

¿No hay buques de escolta?

TOMAS

Si los hay, no se han visto.

BOLIVAR

¿El Protector no va a mandar a tierra ninguna delegación exploratoria?

TOMAS

Nada se sabe, general, excepto que el hombre está ahí.

BOLIVAR

cierra el catalejo. Se acerca a un aguamanil y se lava la cara y las manos. Termina de vestirse.

BOLIVAR

(Reflexiona en voz alta) Seguramente quiere que yo vaya hacia él en lugar de venir él hacia mí. Eso es lo que quiere. No está mal. No esperaba menos de él. No voy a darle el gusto. Nadie puede plantar una goleta frente a las costas de Guayaquil sin preguntarme y hacerme creer que su presencia inofensiva. ¿Cuál es el mensaje, Tomás?

TOMAS

(Desconcertado) Francamente, general...

BOLIVAR

¿Esperará un recibimiento?

TOMAS

Estoy seguro.

BOLIVAR

Pues tendrá que dar una señal para eso. No voy a lanzar una salva de cañonazos de bienvenida antes de saber qué se propone. Si el hombre no

desembarca después, me va a hacer quedar como un pelmazo. (Se pasea)
¡Tiene coraje el cabrón! Aparecerse así, de repente, sin anuncio previo. ¿Qué es? ¿Es un gesto amistoso? ¿Una intimidación?

TOMAS
Es difícil saberlo.

BOLIVAR
No importa. De cualquier manera es una cabronada.

Vuelve a la ventana. Despliega el catalejo.

¡Detesto no saber qué pasa! Tengo una corte de informantes, ¿cómo es que ninguno sabe nada?

TOMAS
El hombre es un tanto impredecible...

BOLIVAR cierra el catalejo.

BOLIVAR
¡Pues hay que volverlo predecible! (Pausa.) Ya se lo dije: tiene una carta guardada... ¿Cuál es?

Se pasea más. Se toma la cabeza. De repente.

¡Maldita Manuela!

TOMAS
¿Dijo Manuela, general?

BOLIVAR
¡Sí, Manuela!

TOMAS
¿Qué tiene ella que ver?

BOLIVAR
¡Sabe algo! ¡Estoy seguro! Ella sabe algo y no me lo dijo. ¡Qué mujer más ladina! ¿Por qué no me lo dijo?

TOMAS ¿Qué puede saber ella, general?

BOLIVAR Sabe, sabe. ¡Ella estuvo con él! (Pausa.) Ese hijo de puta debe habérsela tirado. Estoy seguro. (Golpea la mesa.) ¡Eso es! Se sonrojó cuando se lo pregunté. Apenas. Pero le vi el rubor. Ese rubor no se finge, Tomás. ¡Esa quiteña no me engaña!

TOMAS
Bueno, ¿y qué si es así?

BOLIVAR
(Escandalizado.) ¿Y qué?

TOMAS
Bueno, sí, digo. No habrá sido el primero. Ya sabe, esa Manuela tiene su fama...

BOLIVAR
¡Qué burro es usted, Tomás!

TOMAS
(Protesta.) ¡No estoy diciendo nada que no se sepa, general!

BOLIVAR
¡Trabaja para él!

TOMAS
(Sorprendido.) ¿Manuela?

BOLIVAR
¡Sí, Manuela! ¿Cómo no lo ví inmediatamente? ¿Cómo pude ser tan ciego! Me debo estar ablandando, carajo. ¡Ese proxeneta me la plantó en mi propia cama! (Iluminado) Ahora está todo claro. ¿Lo ve, Tomás?

TOMAS
(No muy seguro.) ¡Si usted lo dice, general!

BOLIVAR
Me tiró el cebo y yo lo mordí como un pargo. Claro, él debe sentirse muy ufano. El indio ése debe estar convencido de que me tiene agarrado por los huevos con una tenaza. ¿Pero qué pasa si no es así? ¿Qué pasa si el anzuelo no prende, eh, Tomás?

TOMAS
¿Si no prende?

BOLIVAR
Sí, ¿qué pasa?

TOMAS
El pez se escapa.

BOLIVAR
Exacto. Pero él no lo sabe, ¿verdad?

TOMAS
El cree que el pez sigue enganchado.

BOLIVAR

¡Tal cual! Hay que dejar que siga convencido. Hay que darle línea para que se sienta más confiado. Cuanto más seguro se sienta, más errores va a cometer. Voy a mandarle una linda carta, llena de amistad y panegíricos. (Vuelve a su escritorio. Toma papel y pluma y escribe rápidamente una carta. La seca, la dobla, la sella.) Tome un bote con seis remeros y le entrega esta carta al Protector.

TOMAS sale.

BOLIVAR
¡Maldita Manuela! Casi me la hacés comer.

Se apagan las luces.

FIN DEL PRIMER ACTO

Segundo Acto

LIMA, 1821.

Noche. Una fiesta en honor del Protector. SAN MARTÍN se ha refugiado en la biblioteca. Está recostado en un sillón, en la penumbra. De la sala adyacente llega la música del baile y el murmullo de las conversaciones. Entra MANUELA.

MANUELA
(Se detiene al verlo) Perdón. Pensé que no había nadie.

SAN MARTIN
No hay nadie.

MANUELA
¿No? Yo veo a alguien.

SAN MARTIN
Es un fantasma. ¿Usted cree en los fantasmas?

MANUELA
No en los de carne y hueso.

SAN MARTIN
(Se pone de pie) ¿Por qué se detuvo? Acérquese. ¿Deseaba estar sola?

MANUELA
(Se acerca.) A lo mejor.

SAN MARTIN
¿Por qué? ¿No la divierte la fiesta?

MANUELA
¡La fiesta es usted, general! Y la está privando de su presencia, lo cual es imperdonable.

SAN MARTIN
¿Vino a buscarme entonces?

MANUELA
Digamos que vine a investigar.

SAN MARTIN
¿Qué interesante! ¿A investigar qué?

MANUELA
Su repentina ausencia.

SAN MARTIN
¿Tanta curiosidad le ha provocado?

MANUELA
Mucha.

SAN MARTIN
¿Por qué?

MANUELA
Soy muy curiosa.

SAN MARTIN se le aproxima.

SAN MARTIN
Voy a hacerle una confesión. ¿Le gustan las confesiones?

MANUELA
¡Me encantan!

SAN MARTIN
(Se le acerca aún más. Le habla al oído) La gente me aburre.

MANUELA
¿De verdad?

SAN MARTIN
Absolutamente.

MANUELA
(Se escurre) ¡Qué pena! Entonces me voy.

SAN MARTIN
¿Se va?

MANUELA
(Seductora) No quiero aburrirlo.

MANUELA
hace ademán de irse. SAN MARTIN la detiene.

SAN MARTIN
Usted no es la gente.

MANUELA
¿No? ¿Y quién soy?

SAN MARTIN
Una aparición.

MANUELA
Entonces usted sí el que cree en fantasmas.

SAN MARTIN
Y en demonios.

MANUELA
¿También en eso?

SAN MARTIN
Tanto que me pregunto si no es un demonio disfrazado de mujer que mis enemigos me envían para trastornarme.

MANUELA
¡Vamos, general! ¿No es mucho presumir?

SAN MARTIN
No, señora, no lo es. Es la precisa sensación que tuve en el momento en que la vi. Por eso vine a refugiarme aquí.

MANUELA
(Divertida.) ¿Para escapar de mí?

SAN MARTIN
Para escapar de mí.

MANUELA se larga a reír.

¿Se ríe?

MANUELA

No lo conocía como adulator.

SAN MARTIN

Usted no me conocía. Punto. Quizás ahora empiece a conocerme.

MANUELA

(En la misma vena.) ¡Hmmm! No me asuste.

SAN MARTIN

¿Se asusta con facilidad?

MANUELA

Depende de cuán feroz es el lobo.

SAN MARTIN

Dígame: ¿quién es su marido?

MANUELA

¿Mi marido? ¿Para qué quiere saberlo?

SAN MARTIN

Quiero saber quién es el hombre que tiene el privilegio de llevarla a la cama todas las noches impunemente.

MANUELA

No se engañe. Nada es impune en el matrimonio, general.

SAN MARTIN

¿Quién es?

MANUELA

Es un médico. Un inglés.

SAN MARTIN ¡Un inglés! ¡Qué desilusión! Yo admiraba a Inglaterra, ahora la detesto. ¿Y dónde está?

MANUELA

No vino.

SAN MARTIN

¿No vino? ¿Por qué?

MANUELA

No le gustan las fiestas.

SAN MARTIN

Su marido es un temerario, señora.

MANUELA

No se preocupe, yo sé cuidarme.

SAN MARTIN
No me preocupo. Lo celebro.

MANUELA
¿Celebra que sepa cuidarme?

SAN MARTIN
Celebro la oportunidad de estar a solas con usted.

MANUELA
Mi marido no interfiere.

SAN MARTIN
¿Nunca?

MANUELA
Nunca.

SAN MARTIN
¿Y qué hace?

MANUELA
Se ocupa de sus negocios.

SAN MARTIN
Y usted de los suyos.

MANUELA
Desde luego.

SAN MARTIN
¿Y cuáles son esos negocios?

MANUELA
La causa de América. ¡Yo amo la libertad!

SAN MARTIN
Entonces quiero ser la libertad, señora.

MANUELA
¡Pero usted la es!

SAN MARTIN
Lo seré cuando usted me lo permita.

MANUELA lanza una carcajada.

MANUELA
Por lo visto está empeñado en no dejar mujer sin seducir en Lima.

SAN MARTIN

Usted me atribuye intenciones y talentos que lamentablemente no tengo.

MANUELA

(Con intención.) No es lo que opina mi amiga Rosa Campusano.

SAN MARTIN

La señorita Campusano es una mujer encantadora, muy inteligente y muy indiscreta a veces... Pero no es usted.

MANUELA

Eso es evidente.

SAN MARTIN

Pues hablemos de usted y olvidémonos del resto.

MANUELA

¿Qué desea saber?

SAN MARTIN

Todo.

MANUELA

(Se ríe) ¿Todo?

SAN MARTIN

No me conformo con menos.

MANUELA

Pues tendrá que conformarse, general. (Coqueta) La fiesta está llegando a su fin.

SAN MARTIN

No la que yo tengo en la cabeza.

MANUELA

¿Cómo saber lo que tiene en la cabeza?

SAN MARTIN

Muy simple: mírese al espejo.

MANUELA

Lo hago todos los días.

SAN MARTIN

Pero no lo hace con mis ojos.

Están parados uno junto al otro. SAN MARTIN se dispone a besarla. En el último instante, MANUELA se escurre.

MANUELA

Esta conversación se pone peligrosa. Mejor me voy.

SAN MARTIN

¿La asusta el peligro?

MANUELA

No. Me tienta. Por eso me voy.

SAN MARTIN la ataja, tomándola por el brazo.

SAN MARTIN

Quédese.

MANUELA

No puedo quedarme.

SAN MARTIN

¿Por qué? ¿Qué se lo impide?

MANUELA

(Pícara.) Soy una mujer casada.

SAN MARTIN

Yo también estoy casado.

MANUELA

Ya lo ve. Lo nuestro es imposible.

SAN MARTIN

No le estoy proponiendo matrimonio.

MANUELA

¿No? ¿Y qué me propone, entonces?

SAN MARTIN

Amarla. Como nadie la ha amado nunca.

MANUELA

(Se aproxima) ¿No es un a promesa demasiado osada, general?

SAN MARTIN

No esta noche.

SAN MARTIN la toma por los hombros y la besa intensamente.

A BORDO DE LA GOLETA “MACEDONIA”, 1922

Madrugada. RUFINO, acodado sobre la borda, mira a través de un catalejo.

RUFINO

(Monologa.) Nada se mueve ahí afuera. El río parece sopa. Me da mala espina.

SAN MARTIN aparece desde la cabina de popa. Evidentemente, acaba de levantarse.

SAN MARTIN

(Husmea.) Este río huele a mierda, Rufino. ¿O me parece?

RUFINO

Huele mal, general. Efectivamente.

SAN MARTIN

(Enciende su cachimba.) ¿Qué estaba diciendo?

RUFINO

¿Yo?

SAN MARTIN

Lo escuché murmurar ahí afuera.

RUFINO

Conversaba conmigo, general.

SAN MARTIN

¿Ah, sí? ¿Y de qué conversa?

RUFINO

Me digo las cosas que no puedo decirle a nadie. (Pausa.) ¿Se siente bien?

SAN MARTIN

Pasé una mala noche. Tuve un sueño muy extraño y perturbador.

RUFINO

Alguien le está poniendo piedras en su camino, general.

SAN MARTIN

Yo no necesito un sueño para entenderlo. Siempre hay alguien que lo hace, no importa la causa de que se trate. Esta América nuestra nunca va a ser republicana. De apariencia, tal vez. Pero el criollo lleva la envidia en la sangre. No le importa tanto ganar como ver perder al otro, ¿se ha dado cuenta? La gloria ajena lo envenena. Es lo que Bolívar no entiende. Y para el momento en que lo entienda ya será muy tarde. Los lacayos de hoy serán las pirañas de mañana. No van a dejarle ni una sombra de piel sobre los huesos.

Pausa. Mira a través del catalejo.

¿Qué está pasando en la costa?

RUFINO Nada, general. Calmo como la muerte. Ningún movimiento.

SAN MARTIN

Ya van a moverse.

RUFINO

Bolívar no puede ignorar que hemos fondeado aquí.

SAN MARTIN

¡Claro que no lo ignora!

RUFINO

¿Y entonces? ¿Cómo es que no hace nada? ¡Es un desaire!

SAN MARTIN

No es un desaire, Rufino. Bolívar quiere saber cuál es nuestra intención antes de hacer nada. No quiere dar un paso que después lo deje mal parado.

RUFINO

Podría mandar una comisión a darnos la bienvenida y de paso averiguar.

SAN MARTIN

Es lo que va a hacer, eventualmente. Va a mandar a su edecán con una carta cargada de elogios y promesas de amistad para forzarme a responder.

RUFINO

¿Y nosotros qué hacemos?

SAN MARTIN

Nada. No hacemos nada.

RUFINO

¿Nada?

SAN MARTIN

(Señala hacia la derecha.) Mire, Rufino, allí, a estribor. Ese es el bergantín "Protector". ¿Lo ve?

RUFINO

Están ahí desde que llegamos, general.

SAN MARTIN

En ese bergantín se ha refugiado toda la oposición. Los miembros de la junta depuesta y algunos militares rebeldes. Mande un bote y dígalos que se acerquen a conversar.

RUFINO

¿Quiere reunirse con la oposición?

SAN MARTIN

Es lo que le acabo de decir, Rufino, ¿o me expreso en un idioma que no es el suyo?

RUFINO

Perdone el atrevimiento, general, pero ¿cuál es el propósito? La oposición no tiene ninguna fuerza. Bolívar tiene veinte mil hombres en Guayaquil. ¿A conversar de qué?

SAN MARTIN

¡A conversar de bueyes perdidos, Rufino! Lo importante es que la oposición esté aquí cuando llegue la comisión de Bolívar.

RUFINO

Va a pensar que estamos complotando.

SAN MARTIN

Eso es justamente lo que quiero que piense. En realidad, Bolívar, que es muy sagaz, va a pensar las dos cosas. Va a pensar que trajimos a la oposición porque estamos complotando, pero también va a pensar que trajimos a la oposición porque queremos que él piense que estamos complotando.

RUFINO

(Confundido) ¿Y entonces?

SAN MARTIN

Va a tener que decidir si esto es una chicana o va en serio.

RUFINO

¿Qué pasa si decide que es una chicana?

SAN MARTIN

Métase en la cabeza de Bolívar, Rufino. El no sabe lo que nosotros sabemos.

RUFINO

¿Qué es lo que sabemos?

SAN MARTIN

Que no tenemos nada. Puede pensar que es una chicana, pero no va a apostar a eso, porque la apuesta puede salirle muy cara. Mejor estar prevenido. En este momento, estoy seguro, se ha puesto a reforzar el puerto por si acaso. Y entretanto, mandará su comisión. Cuando lleguen, verán a la oposición a bordo y tratarán de averiguar cuáles son mis intenciones.

RUFINO

¿Y cuáles son, general?

SAN MARTIN

Forzarlo a negociar. Mire: cuando la comisión de Bolívar esté aquí, en algún momento, en presencia del edecán, se me acerca usted y me dice confidencialmente algo acerca de un mensaje del almirante Cochrane.

RUFINO

(Desconcertado.) ¿Qué mensaje?

SAN MARTIN

(Impaciente.) ¡Ningún mensaje, Rufino! Se lo inventa.

RUFINO

¡Ah, ya veo! Confidencialmente.

SAN MARTIN

Si, pero no tan confidencialmente que el otro no lo escuche.

RUFINO

¿Usted cree que morderá el anzuelo?

SAN MARTIN

Lo morderá si el cebo es bueno. (Pausa.) A menos que...

RUFINO

¿A menos que...?

SAN MARTIN

A menos que Manuela haya abierto la boca.

RUFINO

¿Le parece posible?

SAN MARTIN

No lo sé.

RUFINO

¿Qué podría haberle contado?

SAN MARTIN

Más de los que nos conviene.

RUFINO

¿Usted le hizo alguna confidencia?

SAN MARTIN

Peor. (Pausa.) Le escribí una carta. Franca. Digamos que es tan franca que es casi una imprudencia.

RUFINO

¿Usted la cree capaz de una traición?

SAN MARTIN

La traición, Rufino, como bien dijo Talleyrand, es una cuestión de fechas.
¡Mande ese bote!

QUITO, 1922

Una sala en la casa de MANUELA, en Quito. MANUELA está terminando de arreglarse frente al espejo. Entra ROSITA, vestida de viaje y cargando una pequeña valija. MANUELA se levanta. Se besan

ROSITA
¡Manuela, querida! ¡Qué maravilla verte!

MANUELA
¡Rosa! ¡Qué bueno que estés en Quito! ¿Cuándo llegaste?

ROSITA
Hace apenas un momento. Vine directamente hacia aquí.

MANUELA
¡Se te ve guapísima!

ROSITA
¡Y a vos! Habrás recibido mi mensaje.

MANUELA
Lo recibí. Me dio mucha alegría. Pero, vení, sentate. (Se sientan.) ¿Puedo ofrecerte algo? ¿Un té? ¿Un licorcito?

ROSITA
Una copita de absenta me vendría bien. El polvo del camino me dejó la garganta reseca.

MANUELA
le sirve una copa de licor de una bandeja.

MANUELA
Tenés que contarme todo acerca de Lima. ¿Lo viste a mi marido?

ROSITA
Lo vi un par de veces en casa de los Osambela.

MANUELA
¿Cómo se ve?

ROSITA
Pálido y demacrado, como alma en pena. A todo el que puede, le pregunta por vos.

MANUELA

¡Pobre inglés! Debería haberse casado con una de las suyas. Una gringa asexuada y obediente que no le diera trabajo en la cama.

ROSITA

¿No vas a volver con él?

MANUELA

¿Volver con él? ¡Ni en sueños!

ROSITA

¿Qué vas a hacer? ¿Irte tras de Bolívar?

MANUELA

Quién sabe. Por el momento, disfruto mi libertad. ¿Y vos? ¿Qué es de tu Protector?

ROSITA

De eso quiero hablarte. Necesito tu ayuda, Manuela. Estoy muy preocupada.

MANUELA

Lo que quieras. ¿Qué te preocupa?

ROSITA

San Martín está camino de Guayaquil. Me temo que algo terrible va a ocurrir.

MANUELA

¿De qué estás hablando?

ROSITA

El y Bolívar van a enfrentarse.

MANUELA

¿Eso es lo que San Martín te dijo?

ROSITA

No, no es lo que me dijo, pero sé que así será.

MANUELA

Los dos son testarudos. Ninguno va a dar el brazo a torcer.

ROSITA

A menos que hagamos algo.

MANUELA

¿Qué podemos hacer?

ROSITA

Si San Martín supiera qué se propone Bolívar, podría evitar una confrontación.

MANUELA

Esperá un poco. ¿Me estás pidiendo que lo espíe?

ROSITA

Te estoy pidiendo que intercambiamos información para evitar una catástrofe.

Pausa.

MANUELA

(Con sospecha.) ¿El te pidió que vinieras a verme?

ROSITA

No.

MANUELA

¡No me mientas, Rosa! Puedo leer tus pensamientos como si los recitaras en voz alta.

ROSITA

¿Entonces para qué preguntás?

MANUELA

¿Te dijo algo de mí?

ROSITA

No. ¿Qué podría decirme? Ni te conoce.

MANUELA

¿Te preguntó de Bolívar y de mí?

ROSITA

Sí.

MANUELA

¿Y qué le dijiste?

ROSITA

Qué estabas con él. ¿Qué esperabas que le dijera?

MANUELA

¿El no lo sabía?

ROSITA

No. A veces es medio despistado.

MANUELA

¿Qué te pidió exactamente que hicieras?

ROSITA

Lo que te acabo de decir. Que tratase de averiguar las intenciones de Bolívar.
¿Por qué ese repentino interés?

MANUELA
Por nada.

ROSITA
(Sonríe.) ¿Por nada? Manuela, querida, no hay nada que vos hagas por nada.
Vamos, ¿qué te guardás en el buche?

MANUELA
Me resulta curioso, nada más.

ROSITA
¿Qué es lo que te resulta curioso?

MANUELA
Que te pida que vengas a verme después de haberme escrito.

ROSITA
(Asombrada.) ¿San Martín te escribió?

MANUELA
(Arrepentida, titubea.) Bueno, sí, me mandó una carta.

ROSITA
¿Cuándo?

MANUELA
No sé. Me llegó hace unos días.

ROSITA
(Sospechosa.) ¿Por qué te escribe a vos?

MANUELA
Obviamente, porque piensa que tengo alguna influencia sobre Bolívar.

ROSITA
¿Y qué es lo que te pide?

MANUELA
No mucho. Me pide que interceda.

ROSITA
(Con sospecha.) ¿Puedo verla?

MANUELA
(Evasiva.) No la tengo conmigo.

ROSITA

(Advierte la reticencia de MANUELA. Irónica.) ¿No la tenés? ¡Qué raro!

MANUELA

(Nerviosa) No sé dónde la puse. La guardé en algún lado. Ya sabés cómo soy.

ROSITA

No, Manuela. Ahora que lo pienso, creo que no sé cómo sos.

MANUELA

¡No empecés, Rosa!

ROSA

¿Que no empiece?

MANUELA

A hacerte ideas locas.

ROSITA

¿Qué clase de ideas debería hacerme?

MANUELA

Como que tengo algo con él.

ROSITA

¿Y tenés algo con él?

MANUELA

¡No seas absurda! Apenas hablamos.

ROSITA

¿Hablaron?

MANUELA

Sí, hablamos.

ROSITA

No me dijiste nada. ¿Cuándo hablaron?

MANUELA

En Lima, ¿no te acordás? En la recepción. El día ése que nos condecoraron.

ROSITA

No, no me acuerdo. Me acuerdo de la recepción. También me acuerdo que San Martín, a poco de entrar, desapareció. Nadie lo volvió a ver esa noche. Yo misma me pasé todo el tiempo buscándolo.

MANUELA

(Casual.) Pues yo lo encontré.

ROSITA

¿Ah, sí? ¡Qué suerte! ¿Y dónde?

MANUELA
En la biblioteca.

ROSITA
¡Yo lo busqué en la biblioteca!

MANUELA
Pues él estaba ahí, sentado en la oscuridad.

ROSITA
Esto es muy interesante. ¿Y cuánto tiempo estuvieron juntos?

MANUELA
Un rato.

ROSITA
¿Un rato? ¿Cuánto es un rato?

MANUELA
No sé. No me la pasé mirando el reloj.

ROSITA
¿Y qué fue lo que te la pasaste haciendo?

MANUELA
Acabala, Rosa. ¿Me estás interrogando?

ROSITA
Bueno, sí, te estoy interrogando.

MANUELA
No me gusta que me interroguen. No tenés ningún derecho. Te conté todo esto porque me pareció importante tenerte al tanto de lo que estaba pasando.

ROSITA
¿Y qué estaba pasando?

MANUELA
Ya te lo dije. El hecho de que él me hubiera mandado una carta.

ROSITA
(Indignada) ¿Vas a encamarte con todo el ejército libertador?

MANUELA
¡No seas descarada!

ROSITA

¡Y, encima, sin decirme una palabra!

MANUELA

¿Qué había para decir?

ROSITA

(Estalla.) ¡Que te lo cogiste, mierda!

MANUELA

Pasó. Yo no lo planeé de esa manera.

ROSITA

(Irónica.) ¡Ah, pasó! Como una tormenta imprevista.

MANUELA

Sí, así fue. Supongo que sabrás cómo son estas cosas.

ROSITA

Claro que sé. ¿Y qué hacías en la biblioteca a oscuras? La fiesta estaba en otra parte.

MANUELA

No me acuerdo. Seguramente buscaba algo.

ROSITA

De eso estoy segura.

MANUELA

¡Basta, Rosa! No es la primera vez que nos cruzamos con el mismo hombre.

ROSITA

No, no es la primera vez, pero éste es diferente.

MANUELA

¿Por qué? ¿Te enamoraste de él?

ROSITA

Yo no me enamoro.

MANUELA

¿Y entonces? ¿Cuál es el problema? ¿Te importa tanto ser la Primera Dama de Lima?

ROSITA

¡Sí, me importa! ¿Y qué?

MANUELA

Pues no lo vas a ser por mucho tiempo.

ROSITA

¿Por qué? ¿Vas a quitármelo?

MANUELA

No te engañés, Rosa. Eso no dura. Si es eso lo que realmente te importa, mejor que empieces a buscar otro protector.

ROSITA

Ya veremos.

MANUELA

San Martín está terminado en el Perú. Hasta sus propios amigos le están dando la espalda.

ROSITA

(Sarcástica.) A lo mejor debería probar suerte con tu Bolívar. El parece tener sogas para rato.

MANUELA

Te lo digo porque no quiero que un día de estos te despiertes y descubras que se fue.

ROSITA

(Se echa a reír.) ¿Que se fue dónde? ¿Con vos? ¡Qué hipócrita sos, Manuelita! No podés resistir un uniforme. Admitilo.

MANUELA

Hemos sido amigas de toda la vida, Rosa. No vas a dejar que un incidente insignificante nos aparte.

ROSITA

¿Es insignificante?

MANUELA Bueno, no, no lo es. (Se debate.) Creo que San Martín se enamoró de mí.

ROSITA

¿De veras? ¿Eso es lo que te escribe?

MANUELA

Entre otras cosas.

ROSITA

¡Qué tierno! ¿Y vos?

MANUELA

¿Yo, qué?

ROSITA

¿Te enamoraste de él?

MANUELA

No lo sé. Estoy muy confundida.

ROSITA

No es para menos, Manuela. Te despertás cada mañana en otra cama.

MANUELA

¡Qué perra sos!

ROSITA

¡Pobre Manuela! Nunca vas a ser una buena cortesana.

MANUELA ¡Los amo a los dos, Rosa! ¿Qué voy a hacer?

ROSITA

(Sarcástica.) Vas a hacer lo que más te convenga, Manuela. Es lo que siempre hiciste.

ROSITA recoge sus cosas. Se dispone a marcharse.

MANUELA

¡Rosa! (ROSITA se detiene.) ¡No quiero perderte!

ROSITA

No te preocupes. Si me perdés, no va a ser por un par de botas. Eso es lo que más abunda en estos días.

ROSITA

le tira un beso con la mano y sale.

GUAYAQUIL, 1922

El despacho de BOLÍVAR. TOMAS le acaba de pasar a BOLIVAR, oralmente, el informe de su visita al "Macedonia".

BOLIVAR

Dice usted que los jefes de la oposición estaban a bordo.

TOMAS

Estaban todos. El almirante Blanco Encalada, los generales La Mar y Salazar y todos los miembros de la junta depuesta.

BOLIVAR

Y usted los vio.

TOMAS

Como lo veo a usted, general. El Protector no hizo ningún esfuerzo por ocultarlos.

BOLIVAR

Obviamente, quería que supiéramos que estaban a bordo.

TOMAS

Obviamente.

BOLIVAR

¿Por qué?

TOMAS

Porque quería demostrar que se ha erigido en el jefe de la oposición.

BOLIVAR

¿Con qué propósito?

TOMAS

¡Hacerle frente, general!

BOLIVAR

¿Usted cree eso?

TOMAS

¡Bueno, sí, estoy convencido!

BOLIVAR

Pues San Martín debe estar muy contento de haberlo convencido.

TOMAS

¿Por qué me dice eso?

BOLIVAR

¿No se da cuenta? San Martín quiere que pensemos precisamente eso: que está conspirando con la oposición.

TOMAS

(Indignado.) ¡Pero es lo que está haciendo!

BOLIVAR

No sea necio, Tomás. La oposición no alcanza. O tiene otras fuerzas detrás o no se estaría mostrando tan campante. Los chilenos deben haberle prometido apoyo. ¡Esa es su carta! Por eso no desembarca. Está esperando que lleguen los refuerzos de Cochrane para hacer un despliegue de fuerzas frente a Guayaquil. Entretanto, la oposición se va a ocupar de movilizar aliados adentro. Ese es el plan.

TOMAS Ahora que lo pienso, en un momento dado, su edecán, Rufino Guido, se le acercó un tanto misteriosamente para decirle que había llegado la respuesta de Cocharne.

BOLIVAR
(Alarmado.) ¿Está seguro?

TOMAS
Sí totalmente.

BOLIVAR
¿Está seguro de que dijo “Cochrane”?

TOMAS
Es lo que dijo. “Ha llegado la respuesta del almirante Cochrane”.

BOLIVAR
(Sospechoso.) ¿Y cómo se lo dijo?

TOMAS
(Desconcertado.) ¿Cómo se lo dijo?

BOLIVAR
(Impaciente.) Sí, ¿cómo se lo dijo?

TOMAS
Bueno, se lo dijo por lo bajo.

BOLIVAR
Pero no tan bajo como para que usted no lo escuchara.

TOMAS
Bueno, yo lo escuché. Tengo buen oído. De lo contrario no se lo estaría contando.

BOLIVAR
¿Pero usted cree que la intención era que usted lo escuchara?

TOMAS
¡No, no! La intención no era que yo lo escuchara.

BOLIVAR
¿Está seguro?

TOMAS
Segurísimo.

BOLIVAR
Pues ahí lo tiene. Se han arreglado.

TOMAS
¿Le parece?

BOLIVAR

¿Pero no es eso lo que me está contando?

TOMAS

Sí, sí, categóricamente. (Preocupado.) ¿Vamos al enfrentamiento, entonces?

BOLIVAR

Quién sabe. (Piensa. Se pasea.) Pelearme con San Martín en Guayaquil sería desastroso. En cambio, si evitamos el choque y le ofrecemos algún incentivo como para que regrese al Perú medianamente confiado, ahí sus enemigos van a encargarse de él. (Resuelto.) Avise al destacamento en Puná que hagan sonar las salvas en saludo al visitante. Hay que forzarlo a desembarcar.

A BORDO DE LA GOLETA “MACEDONIA”, 1922

La cubierta del buque. SAN MARTIN está apoyado sobre la borda. Una gran neblina envuelve la escena. RUFINO aparece.

RUFINO

General, hay una mujer en cubierta de popa que pide verlo. Dice que es urgente.

SAN MARTIN

¿Una mujer? ¿Qué mujer?

RUFINO

No me ha querido dar su nombre.

SAN MARTIN

Pero debe haberle visto la cara.

RUFINO

Tiene el rostro cubierto, como las tapadas peruanas.

SAN MARTIN

¿Cómo llegó hasta aquí?

RUFINO

La trajo un botero. La dejó en la escalinata y se marchó.

SAN MARTIN

No será alguna trampa, espero.

RUFINO

No lo creo, general. La mujer está desarmada.

SAN MARTIN

Bueno, pues hágala entrar.

RUFINO

se vuelve y regresa al momento con MANUELA que, efectivamente, trae el rostro cubierto por un chal. La deja junto a SAN MARTIN y se retira.

MANUELA se quita el chal.

SAN MARTIN
¡Manuela! ¿Qué demonios hace usted aquí?

MANUELA
Tenía que venir. Tenía que hablarle.

SAN MARTIN
¿Está segura de que no se ha equivocado de costa? Bolívar está en la otra margen.

MANUELA
No. Es usted con quien quiero hablar.

SAN MARTIN
¿Es él quien la envía?

MANUELA
Bolívar no sabe que estoy en Guayaquil.

Pausa. SAN MARTIN se mantiene silencioso.

MANUELA
(Cont.) No parece muy feliz de verme.

SAN MARTIN
Yo, señora, no estoy seguro de saber quién es usted. Tiene una vaga semejanza con alguien que conocí, pero no podría jurar que sea la misma persona.

MANUELA
Soy la misma que tuvo usted en su cama, en una noche mágica, en Lima.

SAN MARTIN
Desde entonces ha corrido mucha agua me temo.

MANUELA
No me juzgue tan cruelmente, general. Estoy aquí porque lo que dejó en mí esa noche no se me ha borrado. Todavía guardo la rosa que depositó sobre mi almohada antes de partir y la guardaré siempre.

SAN MARTIN
Esa rosa, por lo visto, ha tenido más suerte que yo.

MANUELA
La rosa es usted, general.

SAN MARTIN

No pretenda, señora. Tengo buenos informantes.

MANUELA

¿Acaso le informan de lo que sucede en mi corazón?

SAN MARTIN

No es necesario. Las acciones lo dicen todo.

MANUELA

Me he enamorado de dos hombres, lo reconozco. Si ése es mi crimen, condéneme.

SAN MARTIN

Yo no soy juez, señora. Apenas soy un soldado. Pero por lo visto, debe tener un corazón muy grande.

MANUELA

¡Lo tengo! Y usted ocupa gran parte de él.

SAN MARTIN

No me diga cosas de las que después va a arrepentirse. ¿A qué ha venido?

MANUELA

He venido a tratar de impedir que usted y Bolívar se enfrenten.

SAN MARTIN

Ya estamos enfrentados. Bolívar es un bribón y no hay nada que usted pueda hacer para remediarlo.

MANUELA

Bolívar no va a darle lo que necesita. Se va a humillar usted inútilmente. Regrese a Lima. Si desembarca, está perdido.

SAN MARTIN

¿Es eso lo que le ha pedido su amante que me transmitiera?

MANUELA

Bolívar no me pidió nada. Ya le dije: él ni sabe que estoy aquí. Pero sé lo que piensa.

SAN MARTIN

Pues yo ya estoy perdido, señora. Me perdí en usted una noche y nadie puede encontrarme desde entonces.

MANUELA

Entonces, en nombre de ese amor que dice sentir por mí, vuélvase, se lo ruego. Bolívar puede terminar la guerra. Tiene los hombres y los recursos. Tiene también la ambición y la voluntad. Usted no tiene nada de eso.

SAN MARTIN

No puedo volverme. Ya una vez me embarqué para reunirme con él y, zorro como es, me dejó plantado con una excusa inverosímil. Ahora estamos frente a frente y tengo que jugar esta partida hasta el final.

MANUELA

Es una cuestión de honor entonces.

SAN MARTIN

El honor, señora, no es poca cosa.

MANUELA

Usted me mandó a Rosa Campusano para que averiguara cuáles eran las intenciones de Bolívar. Aquí estoy para decírselo. Sé lo que esta infidencia puede costarme, pero es mi prueba de amor hacia usted.

SAN MARTIN

Sus palabras me conmueven, señora. Espero que no sean solamente eso.

MANUELA

Bolívar va a cubrirlo de palabras y laureles y lo mandará de regreso sin nada. No quiere sombras en su marcha hacia la gloria y usted es una sombra gigante para él. No le alcanza con negarle apoyo: quiere que usted desaparezca, que se evapore del horizonte. Solo así su sol podrá brillar en todo su esplendor. Piensa que no tiene usted ni la fuerza para oponerse ni oferta para negociar y solo teme que traiga usted una carta bajo la manga.

SAN MARTIN

Pues esa carta existe.

MANUELA

Espero que sea suficientemente valiosa.

SAN MARTIN

Es muy sencillo: él tiene una ambición desmedida y yo no tengo nada que perder. Dígame usted quién es más vulnerable.

MANUELA

No es cierto que no tenga nada que perder.

SAN MARTIN

Por lo visto, sabe más que yo.

MANUELA

Me tiene a mí.

SAN MARTIN

¿A usted, señora? Usted duerme en la cama de él.

MANUELA

No voy a disculparme por nada de lo que he hecho. Soy una mujer joven y saludable, tengo pasiones y deseos que no tengo intención de reprimir. Tampoco están usted o Bolívar en posición de sermonearme acerca de la fidelidad. Pero el corazón es otra cosa y ése, créame, se lo he entregado a usted.

SAN MARTIN

Me cuesta creerlo.

MANUELA

Porque es un tonto.

SAN MARTIN

¿Qué me diciendo? ¿Que se vendría usted conmigo?

MANUELA

Iría con usted a donde fuera.

SAN MARTIN

¿Dejaría a su marido?

MANUELA

Ya lo he dejado.

Pausa.

SAN MARTIN

Todo mi ser quisiera creerle.

MANUELA

Pues hágale caso.

Pausa. SAN MARTIN se debate.

SAN MARTIN

¡Qué ironía si fuera cierto!

MANUELA

¿Cuál es la ironía?

SAN MARTIN

(Después de una larga pausa.) Yo no soy libre, señora.

MANUELA

La libertad no es un regalo, general. Se elige, se toma, se pelea. Usted debería saberlo.

SAN MARTIN

Mi esposa es una mujer enferma y no sé cuánto tiempo le queda de vida. A ella le debo, por lo menos, respeto, ya que todo mi amor se lo ha llevado usted. Y mi hija es aún pequeña. Aprecio su oferta y su valentía, no sabe usted cuánto. Aunque algo me dice que no se sacrifica usted enteramente por mí.

MANUELA

Por lo visto, usted es incapaz de leer el corazón de una mujer.

BOLIVAR

El corazón de una mujer no es un libro abierto, señora.

MANUELA

Bolívar tendrá su gloria y no necesita nada más. A las mujeres las recoge por el camino, como quien arranca frutos de los árboles al paso.

SAN MARTIN

Ahora es usted la que no sabe leer el corazón de un hombre. Bolívar la necesita tanto o más que yo. Probablemente termine ganando esta pulseada, pero la gloria a la que él aspira será efímera, créame. La naturaleza humana no es generosa. La grandeza escasea y la mediocridad abunda. Es una dramática disparidad de fuerzas. Terminarán devorándolo, como me devoraron a mí. Si usted se siente tan libre como dice, debería acompañarlo. A Bolívar lo espera mucha soledad por delante.

MANUELA

¿Y a usted? ¿Qué le espera?

SAN MARTIN

Yo, señora, viviré el tiempo que me queda atesorando estos instantes, pensando que tuve el inmenso privilegio de haber servido a la libertad de América del Sur y de haber sido amado por usted.

MANUELA

Suena usted muy altruista.

SAN MARTIN

No es altruismo, señora: es cobardía.

MANUELA

¿Renuncia a mí entonces?

SAN MARTIN

Con todo el dolor de mi corazón y no se imagina cuán intenso es. Pero no puedo escapar a mis responsabilidades. Esta decisión no me ennoblece. Por el contrario: me decepciona. Pero no soy capaz de tomar otra.

MANUELA

Por última vez, escuche mi ruego: no baje en Guayaquil.

SAN MARTIN

Es tarde para eso. Este es el que soy.

Se contemplan un instante y MANUELA se abalanza sobre él y lo besa con pasión. A lo lejos, se escucha la sirena de un barco.

MANUELA

Adiós, general.

SAN MARTIN

Hasta siempre, Manuela.

Sin volver a mirarlo, MANUELA se vuelve por donde vino.

SAN MARTIN

(Llama.) ¡Rufino!

RUFINO aparece.

RUFINO

¡Mande, general!

SAN MARTIN

Que apresten un bote. La señora se marcha.

RUFINO

Muy bien, general.

RUFINO se apresta a marcharse.

SAN MARTIN

¡Rufino!

RUFINO se vuelve.

RUFINO

¿General?

SAN MARTIN

Que se preparen a desembarcar. Es hora del ir al encuentro de Bolívar.

RUFINO

A la orden, general.

RUFINO hace ademán de irse.

SAN MARTIN

Y Rufino...

RUFINO reaparece.

RUFINO
¿General?

SAN MARTIN
Tome nota de este día. Probablemente he cometido el error más imperdonable de mi vida.

Se apagan las luces.

GUAYAQUIL, 1922

El dormitorio de BOLIVAR. BOLIVAR está sentado en una banqueta, mientras TOMAS lo ayuda a ponerse las botas.

BOLIVAR
¡Tire, hombre! Tire que tiene que entrar.

TOMAS forcejea con la bota.

¿Cuánto nos queda?

TOMAS
Estará aquí en media hora, general.

La primera bota calza. Van por la segunda.

BOLIVAR
¿Alguna noticia de la escuadra chilena?

TOMAS
Ninguna.

BOLIVAR
Cuando menos lo esperemos, aparecerá.

Con las botas calzadas, BOLIVAR viste ahora la guerrera azul de pecho rojo.

TOMAS
¿Usted cree que va a ponerse duro?

BOLIVAR
Tanto como lo dejemos. Tampoco él quiere que terminemos a los tiros. Necesita salvar la cara y por eso va a hacer una demostración de fuerza. Ya vio lo que dice su carta. “Pocas horas son bastantes para tratar entre militares”. ¿Qué quiere decir con eso?

TOMAS
Que se propone hablar con franqueza y que espera lo propio.

BOLIVAR

Exacto. Lo cual no significa que haya que hacerlo al pie de la letra. Habrá que concederle algo: suficiente para no parecer mezquinos pero no tanto como para que él solito se lleve los laureles.

TOMAS

El necesita, por lo menos, quince mil hombres.

BOLIVAR

Le daremos cinco. Y si la escuadra que trae se ve realmente amenazante, le agregaremos otros dos mil. Ahora vaya y asegúrese que la recepción está en orden. Quiero que en algún momento, después del saludo inicial, aparezca alguna jovencita succulenta y le coloque una corona de laureles en la frente. Lo haremos sentir como César.

TOMAS

Así se hará.

TOMAS sale. Bolívar termina de vestir su uniforme. Se arregla frente al espejo. TOMAS reaparece.

TOMAS

General, hay una señorita afuera que desea verlo.

BOLIVAR

Ahora no, Tomás. Que espere a que termine la recepción.

TOMAS

Perdóneme, general, pero creo que le sería muy útil verla ahora.

BOLIVAR

¿Quién es?

TOMAS

La señorita Campusano.

BOLIVAR

(Sorprendido.) ¿Rosita? ¿Qué hace aquí?

TOMAS

No me lo ha dicho.

BOLIVAR

Hágala entrar.

Entra ROSITA.

BOLIVAR

¡Mi encantadora, señorita! no puedo decirle la sorpresa que me causa verla aquí, en este momento, por no mencionar el placer.

ROSITA

(Le da la mano, que BOLIVAR besa.) Le agradezco que me reciba, general.

BOLIVAR

Como no se le escapa, estoy a instantes de recibir al general San Martín en suelo colombiano, pero imaginé que si usted se había tomado el trabajo de llegar hasta aquí debía ser por una razón de peso.

ROSITA

Estoy segura que encontrará nuestra breve conversación útil para la causa de la libertad de América.

BOLIVAR

Lo descuento. Y admiro su lealtad, sin mencionar sus otras cualidades más evidentes. La escucho con atención.

ROSITA

Vine a verlo porque me preocupa la situación creada por la llegada del general San Martín a Guayaquil.

BOLIVAR

¿Y cuál es esa situación?

ROSITA

Deseo de todo corazón evitar un enfrentamiento.

BOLIVAR

¿Qué la hace pensar que vamos a enfrentarnos? No tengo otra cosa que admiración y respeto por el gran general San Martín.

ROSITA

Creo que es inevitable, general, y usted lo sabe muy bien.

BOLIVAR

Bueno, mi percepción puede ser muy diferente de la suya. Pero me interesa saber cómo cree usted que ese enfrentamiento podría evitarse.

ROSITA

Podría evitarse si contara usted con la información necesaria para juzgar correctamente las intenciones de San Martín y actuara en consecuencia.

BOLIVAR

(Con sospecha.) ¿El la envía a que me cuente esto?

ROSITA

No, general. He venido por las mías.

BOLIVAR
¿Y cuáles son las intenciones de San Martín?

ROSITA
Convencerlo de que dispone de más fuerzas de las que en realidad tiene.

BOLIVAR
(Interesado.) ¿Y por qué querría hacer una cosa así?

ROSITA
Para que lo tome usted en serio.

Pausa.

BOLIVAR
¿No tiene esas fuerzas?

ROSITA
No, general.

BOLIVAR
¿No se ha puesto de acuerdo con la oposición para organizar un contragolpe?

ROSITA
No.

BOLIVAR
(Sorprendido.) Déjeme entenderla claramente. ¿Me está diciendo usted que San Martín no cuenta con el apoyo de la escuadra de Lord Cochrane?

ROSITA
No, general. No tiene nada. El suyo es un gesto desesperado para ver si logra forzarlo a usted a darle las tropas que necesita. Si no las obtiene, tendrá que volverse al Perú derrotado.

BOLIVAR
¿Y por qué, si puedo preguntarle, me cuenta usted todo esto?

ROSITA
Ya se lo he dicho.

BOLIVAR
(Con un dejo de ironía.) Porque quiere contribuir a la causa de la libertad de América.

ROSITA
Exacto.

BOLIVAR
Y esa contribución demanda que me cuente usted lo que me está contando.

ROSITA
Absolutamente.

BOLIVAR
¿Cuál cree que sería la reacción de San Martín si se enterase de lo que usted acaba de revelarme?

ROSITA
Se sentiría traicionado.

BOLIVAR
Deduzco que a usted eso no le importa.

ROSITA
Me importa. Tengo la más alta estima por San Martín, como usted bien puede imaginarse, pero considero que hay intereses superiores a mi propio bienestar y a mi relación personal con el Protector. Si hay alguien que puede acabar con esta guerra, es usted. El general San Martín no tiene ya ni la fuerza ni la convicción para lograrlo. Si su estratagema resultase, lo único que lograría sería dilatar la guerra. Por eso estoy aquí.

BOLIVAR
(Respira, satisfecho.) Tenía usted razón: esta conversación ha sido muy útil. Ahora debo ir a darle la bienvenida al Protector del Perú. Como estoy seguro que comprende, no sería conveniente que su presencia fuera advertida. Puede usted quedarse aquí y esperarme, si le da la paciencia. (Con intención.) A mí me haría muy feliz.

ROSITA
Vaya, general. (También con intención.) Lo esperaré.

BOLIVAR
le besa la mano mirándola a los ojos y sale. Se escucha una marcha ejecutada por una banda militar. Vivas y vítores. ROSITA se asoma a la ventana. A través de un telón, como sombras, se ve a BOLIVAR y SAN MARTIN estrechándose en un abrazo.

Se apagan las luces.

LE GRAND-BOURG, FRANCIA, 1843

Cuando las luces se encienden, SAN MARTIN está dormitando en un sillón, sobre la derecha del escenario. Es un hombre de sesenta y cinco años pero parece más viejo. Hay una banqueta vacía junto al sillón. SAN MARTIN se tapa desordenadamente con una manta. LAFOND entra por la izquierda. Trae un bolso colgado del hombro. Cruza el escenario y se dirige a SAN MARTIN.

LAFOND
(Lo sacude levemente del hombro.) General...

SAN MARTIN
(Se despierta, desorientado) ¿Eh?

LAFOND
Perdone...

SAN MARTIN
¿Qué pasa?

LAFOND
Su hija me dijo que podía despertarlo...

SAN MARTIN masculla algunas palabras incomprensibles.

SAN MARTIN
¿Qué hora es?

LAFOND consulta su reloj de cadena.

LAFOND
Las 11.

SAN MARTIN
¿Mañana o noche?

LAFOND
Mañana.

SAN MARTIN
(Confundido.) ¡Caramba! Tenía algo que hacer a las 11...

LAFOND
Tenía cita conmigo.

SAN MARTIN Claro, seguramente era eso. Acerque una silla. No puedo levantar mucho la voz. Me fatiga.

LAFOND
acerca una silla.

SAN MARTIN
¿Cómo dijo que se llama?

LAFOND
Gustavo Lafond.

SAN MARTIN

Lafond, ¿eh? Igual no voy a recordarlo. Los nombres ya no se me adhieren. Se me desprenden del cerebro como papel mal engomado. ¿Qué lo trae a Grand-Bourg?

LAFOND
Usted, general.

SAN MARTIN
¿Yo? Pues, sinceramente, espero que traiga algún otro propósito más entretenido.

LAFOND
General, no puedo decirle la emoción que me causa estar en su presencia.

SAN MARTIN
Bueno, pues si no puede, no lo diga. (Saca una caja de cigarros que tiene oculta bajo la manta.) ¿Quiere un cigarro?

LAFOND
Sí, gracias.

Le ofrece un cigarro de una caja. Mira subrepticamente en dirección de la puerta.

SAN MARTIN
Mejor fumarlo ahora, antes de que aparezca mi hija. Siempre anda retándome y recordándome lo mal que me hace fumar...

Encienden los cigarros. Fuman. SAN MARTIN tose.

¿Quiere una copita de calvados?

LAFOND
Con mucho gusto.

SAN MARTIN
se levanta trabajosamente. Va hacia un armario. Saca una botella escondida entre unos papeles. Limpia las copas con un pañuelo.

SAN MARTIN
(En confidencia.) La guardo aquí, entre estos papeles, para que mi hija no me la quite.

SAN MARTIN
sirve dos copas. Guarda la botella. Brindan.

SAN MARTIN
¿Qué otra cosa cabe hacer a mi edad que no sea tomarse un licorcito y fumarse un buen cigarro, verdad? (Pausa.) Si mal no recuerdo, mencionó usted en su carta que era escritor...

LAFOND

Soy marino y escritor.

SAN MARTIN

Marino. Lo felicito. El mar es tanto más saludable que la tierra firme, ¿verdad? ¿Y ha andado usted viajando por la América del Sur?

LAFOND

Así es. Colectando material para un libro.

SAN MARTIN

¿Y qué noticias trae de allí?

LAFOND

Mucho me temo que nada bueno, general. En Buenos Aires, la dictadura sigue imponiendo su régimen de terror, las cárceles están pobladas de opositores. Y el panorama es igual de deprimente allí donde uno mire: en Chile, en Perú, en Colombia, en Venezuela.

SAN MARTIN

Fíjese qué ironía. Hemos sembrado la América del sur de cadáveres en nombre de la libertad y los buitres se han quedado con todo. (Pausa.) ¿Su visita tiene relación con algo que está escribiendo?

LAFOND

Bueno, sí, en cierta medida...

SAN MARTIN

¿Cuan cierta es la medida?

LAFOND

Vine a preguntarle de Guayaquil.

SAN MARTIN

¿De veras? (Pausa.) ¿Alguna vez ha estado en Guayaquil?

LAFOND

Sí, estuve allí no hace mucho.

SAN MARTIN

Qué ciudad tan poco agraciada, ¿no? La llaman “la ciudad de las palmeras siempre verdes”. Yo sospecho que es porque no encontraron nada mejor que decir de ella. (Pausa) ¿Y qué quiere saber de Guayaquil?

LAFOND

Quería preguntarle sobre el general Bolívar...

SAN MARTIN

¡Ah, Bolívar! Ahí tengo un retrato de él. (Busca el retrato, se le enseña.) El mismo me lo obsequió cuando nos despedíamos. Le encantaba posar para los retratos. Los tenía por decenas. Siempre andaba regalándolos. ¡Qué extraño!, ¿no? Toda esa pasión por sí mismo. ¿Usted recuerda dónde puse la botella esa de calvados?

LAFOND
Sí.

SAN MARTIN
Pues tráigala y sírvame otra copita.

LAFOND
trae la botella y le llena la copa. La deja sobre una mesa.

SAN MARTIN
No la deje ahí! (Señala la puerta. Baja la voz.) Mi hija...

LAFOND asiente. Repone la botella entre los papeles.

SAN MARTIN
Es peor que una carcelera. Pero, naturalmente, usted quiere saber de lo que conversamos con Bolívar.

LAFOND
(Esperanzado.) Efectivamente.

Pausa.

SAN MARTIN
¿Y de qué sirve que yo dé mi versión? Dirán que cuento lo que me conviene, puesto que él no está aquí para defenderse.

LAFOND
De todas maneras, general, su versión de los hechos es de enorme importancia.

SAN MARTIN
¿Usted cree? Yo pienso que la gente ha hecho de esa entrevista una leyenda que no se corresponde con los hechos. Fue, si me permite la franqueza, una tediosa reunión entre hombres de armas.

LAFOND
¿Pero de qué hablaron?

SAN MARTIN
De muchas cosas y de nada. Fíjese que fue más importante lo que no se dijo que lo que se dijo. Era evidente que Bolívar estaba decidido a terminar la guerra por las suyas. Yo le propuse servir bajo sus órdenes pero él se encrespó como un gato. Empezó a darme excusas diciendo que su respeto por

mí lo inhibiría de mandarme y luego balbució algo así como que el Congreso de Colombia no le permitiría marcharse. Pretextos un tanto embarazosos en boca de un hombre de su calibre. Pero créame que no guardo hacia él ningún resentimiento. Fue un gran general y lo entregó todo por la causa de la emancipación americana.

LAFOND

Bolívar nunca admitió que esa oferta hubiera existido.

SAN MARTIN

¿Por qué iba a admitirlo? El obtuvo lo que quería, ¿no?

LAFOND

Pero usted, general, ¿no siente deseos de rectificar el juicio de la historia?

SAN MARTIN

¿El juicio de la historia? ¿Quién dice que la historia tiene juicio? Si lo tuviera, la humanidad sería diferente, ¿no le parece? Creo que, de alguna manera, Bolívar y yo hemos sido instrumentos de lo inevitable. (Pausa.) De todos modos, voy a darle una copia de una carta que le mandé a Bolívar poco después de la entrevista. Es probable que si usted la publica, muchos digan que es apócrifa. Pero igual se la doy, ya sabrá usted qué hacer con ella.

SAN MARTIN

va a un armario cuyo cajón abre con mucho cuidado y retira una carta. Se la entrega a LAFOND.

LAFOND

Muchas gracias por su confianza, general. (Guarda la carta en su bolso.) Yo también tengo algo para usted.

SAN MARTIN

¿De veras? Qué amable.

LAFOND

Antes de venir para acá estuve en Paita, ¿sabe? Es un pequeño pueblo costero, en el norte del Perú.

SAN MARTIN

¿Ah, sí? ¿Y qué hay en Paita?

LAFOND

Allí vive Manuela Sáenz.

SAN MARTIN

(Sobresaltado.) ¿Manuela vive? No lo sabía. (Se queda un instante pensativo.) ¿Y cómo está?

LAFOND

Fue penoso verla. Está inválida y avejentada. Cuando se enteró de la muerte de Bolívar trató de suicidarse, haciéndose morder por una serpiente. Sobrevivió gracias al cuidado de los lugareños y cuando quiso volver a Quito, se lo impidieron. Los enemigos de Bolívar se encargaron de convertir su vida en un calvario. Ahora vive en la indigencia. Se gana algún dinero fabricando dulces y enrollando cigarros. Su marido, el doctor Thorne, murió hace un par de años y le dejó toda su fortuna, pero el orgullo de Manuela le impidió aceptarlo.

Pausa.

SAN MARTIN

¡Pobre Manuela! ¿Y para qué fue a verla?

LAFOND

Bueno, si alguien estaba en posición de saber la verdad, era ella.

SAN MARTIN

¿Y ella qué le dijo?

LAFOND

Nada. No quiso hablar. Apenas mencioné Guayaquil se puso arisca y cambió de tema.

SAN MARTIN

(Se ríe.) No me asombra. Manuela era un terremoto. Todavía debe serlo. ¡Qué mujer!

LAFOND

Cuando le mencioné que vendría a verlo, me dio algo para usted.

SAN MARTIN

(Sorprendido.) ¿Ah, sí?

De su bolso LAFOND saca una caja empaquetada y se la entrega. SAN MARTIN la abre con mano temblorosa. En su interior hay una rosa desecada. SAN MARTIN la saca de la caja con gran cuidado.

SAN MARTIN

(Emocionado, se seca los ojos.) ¡Qué regalo tan curioso!

LAFOND

¿Tiene algún significado para usted?

SAN MARTIN

Sí, mucho.

Silencio.

LAFOND

¿Cuál fue el verdadero motivo de su gran renunciamiento, general?

SAN MARTIN

¿Gran renunciamiento? No hubo un gran renunciamiento, mi amigo. Esas son frases literarias que inventan los escritores. Yo decidí retirarme porque no tenía alternativa. Estoy seguro que de haber estado en mi lugar, Bolívar hubiera hecho lo mismo. No, el renunciamiento es otra cosa. Fíjese que él renunció antes que yo puesto que se ha muerto. Yo, mal que me pese, sigo aquí. (Pausa. Guarda la rosa en la caja.) En todos estos años, ¿sabe? he meditado mucho acerca de mi vida, de las cosas que he hecho, de lo que logré y de lo que no logré, de las batallas ganadas y perdidas, de los aciertos que he tenido y los errores que he cometido. La vida, así contemplada, es un gran fresco lleno de claroscuros. Pero al final, créame, la verdadera derrota es la memoria de la mujer que no se tuvo. (Pausa.) Venga, sírvame otra copita de Calvados.

LAFOND llena dos copas. Brindan, beben.

La luz se apaga lentamente.

FIN.

Mario Diament

Correo electrónico: diamentm@gmail.com

Edición a cargo de Virginia Curet. Correo electrónico: vircuret@gmail.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. (2018)

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar

Correo electrónico: correo@celcit.org.ar

